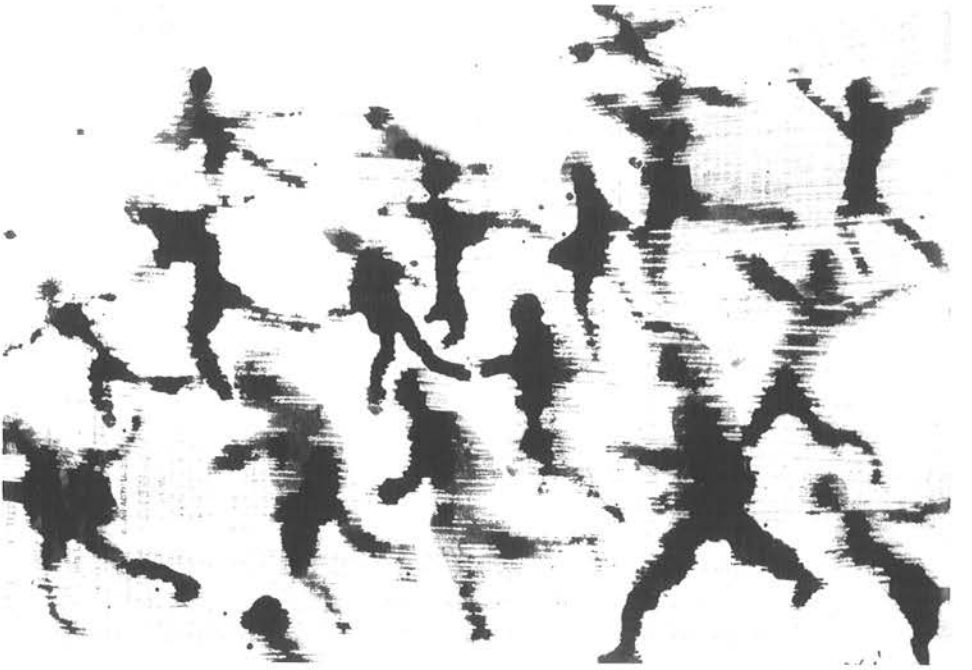

Joan Genovés

Itinerario de una transformación*

Alicia Martínez Martínez**

El objetivo de este artículo es mostrar, a través de la obra de Miguel Hernández, su transformación poética y humana. Transformación que se muestra en la distancia que va de:

> Si ruborizó renglones,
> huella en pompa a toda vela,
> siguió sus indicaciones

---

*Transcripción de la ponencia leída en el Ateneo de Madrid el 6 de mayo de 2010, dentro de los actos del Centenario de Miguel Hernández.

**Alicia Martínez, Universidad Autónoma de Madrid.

el curso de la novela:
o brújula en flor, o estela.
Y en el capítulo aquel,
hoy mejor, siendo el papel
plancha de dos pisos cultos,
pegada como un cartel,
olores espira, bultos

«Rosa entre páginas» (no incluido en *Perito en lunas*, pero escrito en la época y, evidentemente, con el mismo criterio)

a:

Me tendí en la arena
para que el mar me enterrara,
me dejara, me cogiera,
¡ay de la ausencia!

Trataré únicamente de sus obras mayores, y no de los textos diseminados en las revistas (sobre todo en *El gallo crisis* y *Silbos*) pero, en resumen podría decirse que la búsqueda de Miguel pasa por la naturaleza, religión[1], amor, hijo, guerra, muerte y ausencia. En cada uno de estos procesos hay un fondo común: poesía y humanidad porque Miguel no es hombre de abstracciones ni conceptos, su poesía parte siempre de un sentimiento derivado de un referente físico, tangible, un elemento arraigado.

De *Perito en lunas* (1933) al *Cancionero y romancero de ausencias* han transcurrido seis años. Ha sucedido lo que sucede siempre: la Historia transforma al hombre y, en este caso, al hombre y al poeta[2]. Porque, evidentemente, no es el mismo, no puede serlo, el hombre-poeta que escribe estos textos. Miguel Hernández ha sufrido un despojamiento retórico y un enriquecimiento humano. Por cierto, que este concepto, el de hombre, el de humanidad, va a aparecer bastantes veces en este camino que trazo caminando por sus versos y su vida. Aclaro desde ya que este sentido de «humano» tiene que ver con el *ser con los otros*. Y la conciencia y defensa de ello. Miguel Hernández lo escribe en «Hijo de la luz y de la sombra»:

Porque la especie humana me han dado por herencia
la familia del hijo será la especie humana.

[1] «Contaba en esa época Orihuela, con más de treinta iglesias y albergaba, entre otras órdenes religiosas, a "jesuitas, capuchinos, franciscanos, sant Lucía, san Juan, salesas, san Agustín, san Sebastián, carmelitas y Jesús y María". Hay que unir a ese dato la presencia del obispado, canónigos y los dos seminarios, mayor y menor. Lo que convertía a Orihuela, con una población urbana próxima a los 10000 habitantes, en un auténtico feudo clerical» (Domingo Navarro Ortiz, *Miguel Hernández y su comprensión social del mundo*, Universidad de Murcia, 1997)

[2] Agustín Sánchez Vidal habla de los «tres tristes tópicos que han distorsionado la obra de Hernández y siguen dificultando su recepción: el de *poeta-pastor*, el del *poeta-del-pueblo* y el del *poeta-del-sacrificio*»

Supongo que a ninguno de los presentes se le escapa quién, en esta época, defendía el concepto de humanidad. Si lo quieren más claro: especie humana podría fácilmente conmutarse por género humano.

Desde el primer poema citado al último han pasado seis años (ocho si ampliamos hasta la fecha de su muerte) pero también varias ciudades, varias mujeres, varios amigos y una guerra. Si las tres primeras variables son más o menos comunes en las gentes de 20 a 30 años (edad de nuestro poeta en este tiempo), la última marca la diferencia y ello porque es precisamente en ella cuando Miguel Hernández va a transformar radicalmente su compromiso con la poesía y, sobre todo, con la conciencia de al servicio de qué o de quién debe estar su voz. Si me permiten un exceso sentimental, a Miguel, el aparataje retórico de Perito en lunas (que es tanto como decir estudioso de un ideal) se le convierte en voz del pueblo a través de su inmersión en la vida o, como diría César Vallejo:

> ¡Dejadme! La vida me ha dado ahora en toda mi muerte. Y estoy ahora para morir más que para envejecer. Yo moriré de vida y no de tiempo («El hallazgo de la vida»)

Así fue. Miguel murió de vida, y no de tiempo.

En este trabajo no voy a tener en cuenta las influencias literarias en la obra de Miguel. Sólo la evolución que tiene que ver con su cada vez mayor concienciación social y cómo ésta se refleja en la obra. Volvamos, entonces, a su obra: del alambicamiento formal de *Perito en lunas*, tan gongorino, y probablemente tan necesario en Miguel para velar sus armas de poeta, pasa a la trascendencia del destino funesto expresado en los sonetos de *El rayo que no cesa*:

> Un carnívoro cuchillo
> de ala dulce y homicida
> sostiene un vuelo y un brillo
> alrededor de mi vida

Destino funesto que tiene más que ver con deseos insatisfechos que con la conciencia de un futuro amargo. Miguel fue alegre hasta en la pena más profunda, y así lo deja patente en el conocido poema que comienza «Umbrío por la pena, casi bruno» y que termina: «¡cuánto penar para morirse uno!». Verso, sí, profético, desde luego. Pero, y creo que aquí hay un punto interesante en Miguel Hernández, él considera que su trascendencia vendrá a través de algo mucho más material, tangible y ardiente que esa fatalidad escrita: en el hijo y no en el trágico sino. Es decir, la pena en *El rayo* es una pena (en el buen sentido de la palabra) fingida, poética y amorosa:

> Eludiendo por eso el mal presagio
> de que ni en ti siquiera habré seguro,
> voy entre pena y pena sonriendo.

Miguel Hernández pasa del yo-tú amoroso con ribetes de tragedia de *El rayo* al nosotros de *Viento del pueblo*, que dedica a Vicente Aleixandre con las siguientes palabras:

> Vicente: a nosotros que hemos nacido poetas entre todos los hombres, nos ha hecho poetas la vida junto a todos los hombres. [...] cada poeta que muere deja en manos de otro, como una herencia, un instrumento que viene rodando desde la eternidad de la nada a nuestro corazón esparcido. Ante la sombra de dos poetas nos levantamos otros dos, y ante la nuestra se levantarán otros dos de mañana. Nuestro cimiento será siempre el mismo: la tierra. Nuestro destino es parar en las manos del pueblo. [...] El pueblo espera a los poetas con la oreja y el alma tendidas al pie de cada siglo.

No cabe duda del cambio de perspectiva. Miguel se plantea de dónde y hacia dónde debe ir la voz del poeta. Pasa de un tiempo del alma, el del *Rayo que no cesa*, a un tiempo de la Historia. Y no pueden olvidársenos unos datos fundamentales:

- Federico García Lorca es asesinado el 19 de agosto de 1936 («cada poeta que muere deja en manos de otro...»). Este hecho produjo en Miguel una verdadera conmoción y le dedica *Elegía primera*:

  Rodea mi garganta tu agonía
  como un hierro de horca
  y pruebo una bebida funeraria.
  Tú sabes, Federico García Lorca,
  que soy de los que gozan una muerte diaria

- En septiembre de 1936, Miguel Hernández se alista en el 5º Regimiento.

- El 19 de diciembre de 1936 es asesinado Pablo de la Torriente Brau, comisario político de la Brigada de Valentín González, el Campesino. Miguel le dedica la *Elegía segunda*. Y dice Miguel:

  Ante Pablo los días se abstienen ya y no andan.
  No temáis que se extinga su sangre sin objeto,
  porque éste es de los muertos que crecen y se agrandan
  aunque el tiempo devaste su gigante esqueleto.

- En julio de 1937 se celebra el II Congreso Internacional de Escritores para la Defensa de la Cultura, de donde surge una *Ponencia colectiva* firmada por, entre otros, Miguel Hernández, donde se afirma: «somos distintos y aspiramos a serlo cada vez más, en función de nuestra condición de escritores y artistas, pero tenemos de antemano algo en común: la Revolución española» y «Por eso nosotros, jóvenes escritores, artistas y poetas, para conquistar esa categoría humana a que aludimos, no sólo, claro está, para nosotros, sino para todos los hombres, declaramos aquí [...] que como escri-

tores y artistas y como hombres jóvenes, luchamos, disciplinada, serena y altivamente [..] allí donde el pueblo español, del que lo esperamos todo, nos diga [...] allí donde nos diga el Gobierno español, que es hoy algo mucho más importante que un gobierno» (publicada en *Hora de España*, VII, agosto de 1937)

- El 19 de diciembre de 1937 nace su hijo Manuel Ramón.

A pesar de las dos elegías, *Viento del pueblo* es un libro optimista, con la emoción y los recursos técnicos necesarios para alentar a un pueblo al combate, no hay más que leer, por ejemplo, «Vientos del pueblo». Trágicamente, tiene razón don Antonio Machado cuando en uno de sus escritos de guerra dice, hablando de la poesía del 27 y de las vanguardias: «Era a veces difícil encontrar el poema, verlo o imaginarlo en el montón confuso de joyas que nos ofrecían sus estrofas. Faltábales, acaso, un tema esencial. La guerra les ha dado uno racional y humano [...]»

Desde luego, en la de Miguel Hernández se opera un cambio sustancial. Si unos años, pocos, atrás, la tierra y el hombre mantenían una relación dialogada, sólo interferida por Dios, ahora hay algo que se interpone en esa comunicación. Es decir, de «Profecía sobre el campesino» se pasa a «El niño yuntero». De la obligación de la servidumbre.

Si en la *Profecía* predicaba:

¡Ay!, ¡ama!, campesino,
¡adámate! de amor por tus labores.

El encanto del campo está seguro
para ti, en ti, por ti, de ti lo espero

(366) En *Viento del pueblo* dice:

¿Quién salvará este chiquillo
menor que un grano de avena?
¿De dónde saldrá el martillo
verdugo de esta cadena?

Que salga del corazón
de los hombres jornaleros,
que antes de ser hombres son
y han sido niños yunteros.

En corto: de la resignación cristiana se pasa a la revolución social. Miguel es consciente de este cambio y así lo expresa en el Prólogo a Teatro en guerra:

El 18 de julio de 1936, frente al movimiento de los militares traidores, entro

> yo, poeta, y conmigo mi poesía, en el trance más doloroso y trabajoso, pero más glorioso, al mismo tiempo, de mi vida. No había sido hasta ese día un poeta revolucionario en toda la extensión de la palabra y su alma. Había escrito versos y dramas de exaltación del trabajo y de condenación del burgués, pero el empujón definitivo que me arrastró a esgrimir mi poesía en forma de arma combativa me lo dieron los traidores, con su traición, aquel iluminado 18 de julio. Intuí, sentí venir contra mi vida, como un gran aire, la gran tragedia, la tremenda experiencia poética que se avecinaba en España, y me metí, pueblo adentro, más hondo de lo que estoy metido desde que me parieran, dispuesto a defenderlo firmemente de los provocadores de la invasión. Desde entonces acá, vengo luchando de muchas maneras, y sólo me canso y no estoy contento cuando no hago nada.

El hombre, al fundirse con otros hombres, puede eludir la muerte aun sabiéndola constantemente presente porque, juntos, forjamos el futuro. Y esta idea de lo personal y lo colectivo unido toma consistencia poética en la «Canción del esposo soldado»:

> Nacerá nuestro hijo con el puño cerrado
> envuelto en un clamor de victoria y guitarras
> y dejaré a tu puerta mi vida de soldado
> sin colmillos ni garras.

Pero la garra tiene mucha fuerza, viene de lejos, y el optimismo, la fuerza de la hermandad en lucha, retrocede conforme avanza la guerra y deja paso, en la voz de nuestro poeta, a *El hombre acecha*. Escrito entre 1937-1939, y dedicado a Pablo Neruda, en este poemario Miguel Hernández traza, como siempre, su itinerario biográfico. Pero ahora su expresión se vuelve angustiada y taciturna. En otoño de 1938 muere su hijo. Miguel toma conciencia del horror, de un horror colectivo y otro personal. Por primera vez aparece el miedo al ser humano. A una fuerza primigenia parecida a la maldad. Así lo expresa el poema que abre el libro, «Canción primera» (648):

> El animal que canta:
> el animal que puede
> llorar y echar raíces,
> rememoró sus garras.
> [...]
> He regresado al tigre.
> Aparta, o te destrozo.
>
> Hoy el amor es muerte,
> y el hombre acecha al hombre.

Pero aún no se olvida de *con quién quiere*. Así, en un poema titulado «El hambre» pide:

Ayudadme a ser hombre: no me dejéis ser fiera
hambrienta, encarnizada, sitiada eternamente.
Yo, animal familiar, con esta sangre obrera
os doy la humanidad que mi canción presiente.

Pese a tener conciencia de esa llamada a lo más profundo de la violencia y del terror, el poemario termina con una canción esperanzada si bien «última», donde la garra se convierte en suave:

Pintada, no vacía:
pintada está mi casa
del color de las grandes
pasiones y desgracias.
Regresará del llanto
adonde fue llevada
con su desierta mesa,
con su ruinosa cama.
Florecerán los besos
sobre las almohadas.
Y en torno de los cuerpos
elevará la sábana
su intensa enredadera
nocturna, perfumada.

El odio se amortigua
detrás de la ventana.

Será la garra suave.

Dejadme la esperanza.

Y llegamos al despojamiento de toda retórica, de todo aparataje, de toda «poesía» en el sentido de esfinge que, en algún momento, Miguel Hernández le dio[3]. El 3 de agosto de 1939, Miguel escribe a Josefina: «Dime si Elvira recogió a Cossío los originales de trabajos míos que le di aquí [se refiere a la cárcel de Torrijos]. Me interesa saber si los tenéis ahí o si siguen en Madrid. No quiero perderlos porque son el trabajo de casi dos años y el pan de mañana vuestro, además del mejor recuerdo de nuestro hijo primero, ya que la mayor parte de las cosas tienen a él

[3] «Mi concepto del poema» ¿Qué es el poema? Una bella mentira fingida. Una verdad insinuada. Sólo insinuándola, no parece una verdad mentira. Una verdad tan preciosa y recóndita como la de la mina. Se necesita ser minero para ver en sus etiopías de sombras sus indias de luces. Sin embargo, en Nuestra Bandera, en 1937, escribe: «La poesía es en mí una necesidad y escribo porque no encuentro remedio para no escribir. La sentí, como sentí mi condición de hombre, y como hombre la conllevo, procurando a cada paso dignificarme a través de sus martillerazos // Me he metido con toda ella dentro de esta tremenda España popular, de la que no sé si he salido nunca. En la guerra, la escribo como un arma y en la paz será un arma también aunque reposada».

como motivo». Y sí, es cierto que muchas de las cancioncillas que integran el Cancionero tienen como motivo a Manuel Ramón, el hijo muerto en 1938:

Entre las fatalidades
que somos tú y yo, él ha sido
la fatalidad más grande.

O este romance:

El cementerio está cerca
de donde tú y yo dormimos,
entre nopales azules,
pitas azules y niños
que gritan vívidamente
si un muerto nubla el camino.
De aquí al cementerio, todo
es azul, dorado, límpido.
Cuatro pasos, y los muertos.
Cuatro pasos, y los vivos.
Límpido, azul y dorado,
se hace allí remoto el hijo.

Así como las conocidas «Nanas de la cebolla». Es decir, el *Cancionero y romancero de ausencias* está compuesto por poemas que Miguel Hernández escribió entre el 19 de octubre de 1938 —muerte del hijo— y julio de 1939, lo cual también desmontaría esa imagen de poeta-mártir, sufriente y entregado a la musa en el infierno de una cárcel. Miguel no escribiría —desde luego, no un poemario— desde 1939 hasta el 28 de marzo de 1942 cuando lo fallecen en el Reformatorio de Adultos de Alicante.

En el poemario, como un elemento monstruoso (monstruoso en el sentido de marginal y diferente), aparece el tríptico «Hijo de la luz y de la sombra». Esta composición llama la atención, en primer lugar, por estar escrita en versos alejandrinos en una etapa en la que Miguel trabaja el verso corto, la cancioncilla popular y, en última instancia, porque en ella vemos condensados todos los temas que Miguel Hernández viene desarrollando a lo largo de su trayectoria poética: naturaleza, Cosmos, destino funesto, sexualidad. Pero, a diferencia de sus primeras composiciones, esas fuerzas misteriosas tienen un objetivo concreto:

Haremos de este hijo generador sustento,
y hará de nuestra carne materia decisiva:
donde sienten su alma las manos y el aliento
las hélices circulen, la agricultura viva.

Él hará que esta vida no caiga derribada,
pedazo desprendido de nuestros dos pedazos,

que de nuestras dos bocas hará una sola espada
y dos brazos eternos de nuestros cuatro brazos.

La vida no sólo de Josefina y Miguel sino del género humano, como dijimos al principio, porque la lucha sostenida fue una lucha por la esperanza. Y quien engendra, si es consciente, y Miguel Hernández lo es, engendra futuro. Lo dice en la penúltima estrofa de este poema:

No te quiero a ti sola: te quiero en tu ascendencia
y en cuanto de tu vientre descenderá mañana.
Porque la especie humana me han dado por herencia
la familia del hijo será la especie humana.

Como conclusión: Miguel Hernández pasa de ser proyectista de una poesía ideal a ser constructor de una poesía combativa. Albañil. Ramón Pérez Álvarez, uno de sus compañeros de cautiverio, dice que él recogió dos bolsas con objetos personales de Miguel cuando éste murió. Entre estos objetos habría nueve poemas. Uno de ellos es éste, con el que concluyo:

Un albañil quería... No le faltaba aliento.
Un albañil quería, piedra tras piedra, muro
tras muro, levantar una imagen al viento
desencadenador en el futuro.

Quería un edificio capaz de lo más leve.
No le faltaba aliento. ¡Cuánto aquel ser quería!
Piedras de plumas, muros de pájaros los mueve
una imaginación al mediodía

Reía. Trabajaba. Cantaba. De sus brazos,
con un poder más alto que el ala de los truenos,
iban brotando muros lo mismo que aletazos.
Pero los aletazos duran menos.

Al fin, era la piedra su agente. Y la montaña
tiene valor de vuelo si es totalmente activa.
Piedra por piedra es peso y hunde cuanto acompaña
aunque esto sea un mundo de ansia viva.

Un albañil quería... Pero la piedra cobra
su torva densidad brutal en un momento.
Aquel hombre labraba su cárcel. Y en su obra
fueron precipitados él y el viento.

«Sepultura de la imaginación» (no incluido en libro)